

LA CENSURA,

REVISTA MENSUAL.

PUBLICANLA EL EDITOR Y SOCIOS LITERARIOS DE LA BIBLIOTECA RELIGIOSA.

POLÍTICA.

269. JUSTICIA DE LA REVOLUCION EN TODAS LAS NACIONES y DEFENSA DEL SANTO PADRE; por Enrique Ojero de la Cruz: un cuaderno en 4.º

La primera parte del título de este opúsculo es ambigua, pues así puede significar que las naciones todas hacen justamente la revolución, como que esta es justo castigo de las culpas de aquellas. Tal ambigüedad es la que nos ha movido á leer el cuaderno del señor Ojero, del que diremos con verdad lo bueno y lo malo que contiene. El autor toma el título de su escrito en el segundo sentido de los que dejamos indicados, y en este concepto dice cosas muy ciertas, muy juiciosas y muy dignas de alabanza, y pudiera decir más si no se torciera (permitásenos manifestarlo así) del lado de la escuela de Lamennais y otros neocristianos, quienes confesando las excelencias y ventajas del cristianismo, aun para la estabilidad y medra de la sociedad humana, presumen descubrir feas manchas y arrugas en la esposa de Jesucristo, y á imitación de los frenéticos novadores del siglo XVI se desgañitan á gritar *reforma, reforma*, y achacan todos los males que se padecen en ambas sociedades eclesiástica y civil, á los abusos introducidos y sostenidos por los ministros del culto. El señor Ojero se muestra adicto al sumo pontífice y le defiende con decisión; pero ¿cómo se compadecen esa adhesión y defensa respecto de la cabeza con la ojeriza é insultos al cuerpo? Mas ya lo entendemos: cabalmente porque se supone viciado el cuerpo y se atribuye á la cabeza el propósito de cortar por lo sano se prodigan á esta las alabanzas: calumnia atroz no menos ofensiva á toda la gerarquía eclesiástica que afflictiva para el bondadoso ánimo del pastor supremo. El señor Ojero, llevado del *tolle tolle* general y no me-

ditando quizá toda la trascendencia de sus expresiones ni el daño que pueden causar en las circunstancias presentes (aun dado que tuvieran fundamento), se ha atrevido á sentar proposiciones falsas las unas, temerarias y casi heréticas las otras, peligrosas muchas y no pocas ofensivas á la clase entera del sacerdocio, tan digna siempre de veneración y respeto; pero hoy más, porque parece habersele dado á beber hasta las heces el caliz de la amargura. No hablamos al aire: citaremos textos, y ellos serán los comprobantes de nuestro juicio.

¿Por qué el señor Ojero reconociendo que la revolución es justamente merecida de todas las naciones y que en medio de la disolución de todos los vínculos sociales no puede fundarse nada que no arranque del Evangelio y que no presida el sumo sacerdote; por qué, repetimos, no ha levantado sobre estas verdades capitales como piedra angular todo el edificio de su discurso? ¿Por qué cediendo acaso al miedo de parecer preocupado ha querido, ya que ensalzaba el cristianismo y defendía al padre santo, rebajar á la iglesia de Dios y descargar sobre los atribulados ministros del Señor golpes tan duros cuanto inmerecidos? Lástima grande que se haya resbalado en un terreno donde pudiera haber caminado con tanta firmeza y majestad sin más que dar oídos á la severa justicia y desechar vulgares y ya bien desacreditadas preocupaciones.

Lo primero que nos parece advertir en este escrito es que todo el amor y adhesión de su autor al sumo pontífice nace principalmente de que le considera como reformador; reformador en lo político y reformador en lo eclesiástico. En cuanto al primer concepto mucho habría de enfriarse el entusiasmo del apologista, si acercándose á Gaeta pudiera oír de los labios del esclarecido proscripito cuán pesaroso se encuentra de haber

principiado su pontificado por un sistema político, que ha sido si no la causa, á lo menos la señal de la honda conmocion de todos los estados europeos. Respecto de lo eclesiástico dudando con bastante fundamento que Pio IX estuviera animado de ese espíritu reformativo ó mejor destructivo que suponen en él algunos amigos ó falsos, ó imprudentes, diremos al señor Ojero que todos los pontífices del cristianismo han estado siempre dispuestos á reformar los abusos, y los han reformado en efecto cuando merecian el nombre de tales, guardando los temperamentos aconsejados por la prudencia y la caridad: con que este solo motivo no era para excitar asi el entusiasmo de los repentinos panegiristas de un pontífice, no de la santa sede. Aquí pues se encierra algun misterio.

En la p. 11 empieza ya á hincarse el diente á los príncipes de la iglesia diciendo que no son los hijos los que han roto con su padre (Pio IX), sino los *potentados de las dos gerarquías que han conmovido al pueblo para que le angustie*. Esta calumnia han venido á desmentirla los hechos.

Los siguientes pasajes que se leen en las p. 22 y 23, son ofensivos á la iglesia y sus ministros:

«Nosotros reconocemos la gerarquía eclesiástica en el ejercicio de sus atribuciones espirituales como establecida por los sucesores de S. Pedro, y inclinamos nuestras cabezas para recibir sus bendiciones y las gracias santificantes que nos transmiten; pero si en la vida civil no es su túnica la de las virtudes, ellos y no nosotros son los que se separan de nuestra veneracion y respeto. La iglesia se queja porque cuando ha llamado no se la ha abierto, porque cuando ha querido dar paz se la consideró como enemiga. ¡Ah! no tiene razon: la palabra de Dios jamas falta: si ella no hubiera corrido el camino de las instituciones humanas, hoy se hallaria en su puesto y mañana en su puesto y siempre en su puesto, porque todo nace, se robustece y perece menos la palabra de Dios en la duracion constante de la iglesia.»

Pero todavia tiene un caracter de mayor gravedad lo que sigue, dicho en parte implícita ó ambiguamente, y en parte con toda explicitud y sin ambages:

«La razon á quien tanto se ha enaltecido, tiene como todas las cosas humanas un bien relativo y un mal absoluto: el bien relativo es el alerta dado á los pueblos para que en adelante no sean tan facilmente engañados: sentimos todos, y este es el absoluto, que por la ne-

cesidad de dejar de creer algo duda hoy la sociedad de todo. Pero como existen principios que llevan la verdad en sí mismos, nos persuadimos que toda vez que á su nombre y con buena intencion se procure la reconstruccion de las sociedades, el éxito puede coronarse de felices resultados. Hoy como en los dias de la predicacion del Evangelio el mundo tiene hambre de una doctrina que le dé justicia y confianza y paz: ¿por qué no se ha de predicar ahora como entonces la doctrina del Cristo? Si el sacerdocio quiere ocupar en la sociedad el puesto que le corresponde, aprenda que no podrá conseguirlo sin apenarse por su pasado. Dios no solamente perdona, se sirve á veces de sus mayores enemigos para convertir á las generaciones: S. Pablo, S. Cipriano, S. Agustin son buen testimonio de esta verdad: para la choza que dejamos se nos da de recompensa un palacio: á la miseria de nuestra riqueza temporal la espera un dote de gloria inestimable; mas cuando insistimos en apegarnos al hogar doméstico, el hogar se incendia y la casa se hunde: la experiencia lo ha demostrado visiblemente.

»En vano hubiera querido el poder temporal poner su mano profana en el tesoro de la iglesia si este tesoro hubiera sido del exclusivo dominio de los pobres; si los tesoreros desprendidos en general de toda codicia hubieran presentado á la fuerza de los gobiernos la invencible fuerza de las virtudes: hay algo en las emanaciones del alma que como ella llevan un caracter de respeto y de inviolabilidad, contra el cual se estrella toda resistencia física: sucede mas, un hombre verdaderamente virtuoso habla y todos le escuchan, corrige y nadie se hiere, manda y es puntualmente obedecido: tal es el privilegio que concede Dios al que observa sus mandamientos. Si el mecanismo de la iglesia ha perecido con el tiempo, es porque como temporal venia del pensamiento del hombre, y todo lo que es solamente del hombre adolece de su mortalidad. No en vano permitió Dios la propiedad material de la iglesia: si ella hubiera seguido el fin para que fue establecida, todos los terrenos del mundo constituirian hoy tal vez su propiedad; en ella se habria aniquilado el tuyo y el mio, manzana de discordia para el género humano; siendo la justa distribuidora del sustento, el trabajo la hubiera hecho legítima depositaria de los frutos, hubiera desempeñado la doble mision que la espera etc.»

De esta singular argumentacion pudiera deducirse que casi ha hecho bien el poder temporal en apoderarse de los bienes de la iglesia, porque estos no eran ya del exclusivo dominio de los pobres, ni los tesoreros eran desprendidos ni virtuosos. Ademas el autor sienta una proposicion que solo podrá eximirse de

la nota de falsa y herética según el sentido que dé á la tan vaga expresión *el mecanismo de la iglesia*.

En la p. 32 y 33 se exhorta al clero á que olvidando todo lo perdido se presente revestido de virtudes á predicar el Evangelio, y se stampa esta proposición que puede ser herética y por lo menos es siempre falsa y capciosa:

«.....se hace necesario que la iglesia desnudándose de todas sus adquisiciones puramente humanas se presente con aquella irresistible dignidad que solo presta el ejercicio de todas las virtudes.»

Decimos que puede ser herética esta proposición, si dando á la palabra galicana *adquisición* (tomada en la acepción que aquí) toda la latitud posible se quieren significar aquellas instituciones que los novadores antiguos y modernos suponen ser obra de los clérigos, como ellos dicen, y por lo tanto dignas de proibirse.

«Todas las concesiones (continúa nuestro oráculo en la p. 34), todos los breves, todos los concilios no derogarán jamás una tilde de las buenas obras que encomendó Jesús á sus apóstoles, y sin cuya práctica no se comprende el ejercicio de la religión cristiana.»

Esta proposición es capciosa y admite por lo menos la posibilidad de que los sumos pontífices por sus rescriptos y los concilios por sus decretos deroguen en algo la doctrina predicada y recomendada por Jesucristo; lo cual es falso, injurioso á la iglesia y su cabeza visible, temerario y herético.

«No hay que alucinarse (prosigue) con esa frase demasiado sonora de que todos los poderes temporales han desaparecido unos en pos de otros, mientras la barca del pescador aparece después de la borrasca cada vez más majestuosa y firme: abrid el viejo testamento, examinad la historia de su sacerdocio, seguidle en sus infortunios y en sus prosperidades, premios y castigos de sus virtudes ó de sus vicios, llamamientos más bien de un Dios que le pesa de hacer justicia en todos los tiempos á las malas obras del hombre, y contemplad al mismo Dios humanado que dice á los hijos de Israel: Obrad como os enseñan; no practiquéis como practican; seguid á este sacerdocio hasta el deicidio y contempladle aun hoy arrojado del templo, hecho ludibrio de todas las generaciones; pero conservado para el cumplimiento de las palabras de Dios: cuidad que como á aquel no se os desherede del racional y del efod y seáis peregrinos y esclavos de vuestros enemigos.»

El cotejo que aquí se hace entre el sacerdocio judaico y el cristiano y la perspectiva con que se amenaza á este, son injuriosos y aun contrarios á la palabra de Dios que ha prometido la perpetuidad de su iglesia y de consiguiente de su sacerdocio.

En la p. 33 dice:

«Convengamos en que los males que hoy afligen al mundo, todos los hemos suscitado: que todos nos hemos dormido á la sombra del árbol del interés desatendiendo nuestras principales obligaciones. El clero dijo: los pueblos son cristianos, nada más necesitan que las prácticas exteriores para sostener su fé.....

..... y los fieles hambrientos de ejemplos y de doctrina adoptaron las malas prácticas y recibieron creencias que halagaban sus sentidos etc.»

Todo esto es falso y ofensivo al clero católico: una pluma protestante no podía hacer acusación más grave.

En la p. 45 y 46 se repiten las tan añejas y manoseadas declamaciones contra el lujo y ostentación de los cardenales; y hablando de la potestad temporal del destronado pontífice se expresa así el autor.

«.....creo en fin que si todos reconocemos nuestros extravíos y todos oramos al Cristo, podemos alcanzar se suspendan los males que nos amenazan. No puede ser ya por más tiempo la usurpación ni la injusticia sobre la tierra: aconsejan mal al pontífice los que quieren insistir en pretensiones temporales: tal vez sin intención niegan el poder de Dios que muda el corazón de los enemigos, para que nos tiendan sus mantos y nos preparen en sus muslos un trono si así fuere su voluntad. Pidamos, ha dicho el pontífice, y esto es suyo: protestemos, ha dicho también, y esto es de los sacerdotes que ven derrocar el edificio de sus ambiciones (1). No, no es el pueblo, es la justicia de Dios la que cierra las puertas de Roma á la gerarquía eclesiástica.»

Tal vez nos hemos extendido en acotar citas más de lo que permite el tamaño de

(1) Entre el lenguaje del pontífice y el del soberano se encuentra una notable diferencia: la carta que S. Santidad dirige al obispo de Lausana, es un retrato que sin querer ha sacado de sí mismo: no puede uno menos de enternecerse y de doblar la rodilla ante la cristiana caridad del padre de los fieles.

La enciclica de 12 de febrero y la nota del 18 del mismo firmada por el cardenal Antonelli ofrecen un contraste singular: si hubiera alguno que me preguntara cómo se escribe la verdad, no me detendría en contestar: como la enciclica; si hubiera alguno que me preguntara también cómo se copia la verdad: como la nota.

No hay día en que no recuerde las palabras que Pío VII dirigió al cardenal Pacca en Fontainebleau: *Ma ci siamo in fine sporcificati.... quei cardinali.... ci strascinavamo al tavolino e ci fero sotto scrivere*: aquellos cardenales nos condujeron hasta la mesa y nos hicieron firmar.

(N. del A.).

nuestro papel; pero no tanto como pedia la importancia del escrito; sin embargo creemos que las acotaciones hechas bastaran á dar á nuestros lectores una idea del pensamiento del autor y de cómo le ha ejecutado. Es un plan diabólico el de los novadores de cierto jaez, que no contentos con separar la causa de la religion de la causa de la iglesia para destruir las sucesivamente á ambas despues de divididas, quieren aprovechar ahora la circunstancia de haberse sentado en la silla de Pedro un pontífice generoso, benéfico hasta lo sumo, de indecible desprendimiento y abnegacion para pintarle como liberal y reformista y separarle de todo el orden sacerdotal, achacando á este una parte muy principal en el origen de las revoluciones y representando á Pio IX como el salvador de la sociedad religiosa y civil. Por desgracia no todos conocen el infernal artificio de los enemigos solapados de la iglesia y del estado, que cubiertos hoy con piel de oveja no tardarian,

si llegasen á madurar sus planes, en presentarse con toda la cruel deformidad de lobos sanguinarios y voraces. Alerta pues todos los católicos, así eclesiásticos como seglares: no hay que dejarse alucinar con ciertas doctrinas aceptables que se mezclan de propósito con la ponzoña para que esta se trague dulce é insensiblemente. El escrito de que aquí damos cuenta es de esta calaña (no tememos asegurarlo) así como nos asisten poderosas razones para creer que el señor Ojero, pretendido autor de él, no es sino hilvanador ó traductor de algun opúsculo francés, parto de uno de los muchos secuaces de la proscripta escuela del apóstata Lamennais.

En consecuencia juzgamos peligrosa la lectura del cuaderno titulado *Justicia de la revolucion en todas las naciones y defensa del santo padre*; y no dudamos que S. Santidad, si llegara á sus manos semejante defensa, la rechazaría enérgicamente y reprobaría á sus malignos ó imprudentes defensores.

LITERATURA.

270. LA ACADEMIA, periódico de ciencias, literatura y artes; dos pliegos en folio á la semana. — Van publicados siete números.

La noticia de que este semanario se publicaba bajo la direccion del señor Villergas nos hizo ya sospechar que contendria escritos por lo menos libres y picantes en demasia, porque escriba en prosa, ó en verso, generalmente se desliza por esta pendiente aquel escritor; así es que nos disponiamos á leer *La Academia* y dar nuestro juicio sobre ella, cuando nos excitó y comprometió á hacerlo sin demora una justa observacion de *La Esperanza*, diario monárquico bien acreditado.

Hemos leído pues los siete números que hasta ahora han salido á luz, y vamos á manifestar lo que nos parece digno de censura. Con el título de *Un lance en carnaval ó una broma de mi suegra* se ha publicado á trozos una historieta, sembrada de lances amorosos, en la que ademas tenemos que criticar lo siguiente.

En el número 4.º, p. 29, columna 1.ª se lee:

«Los deberes que la sociedad nos impone á las mujeres casadas, me hicieron pensar en mí; y desde aquel momento procuré acallar el grito de mis deseos.»

En un tiempo en que se está predicando no ya el divorcio, sino la abolicion del matri-

monio y se le califica de preocupacion social, tirania insoportable inventada por los hombres etc., es vaga é incompleta esta expresion: *los deberes que la sociedad nos impone á las mujeres casadas*; y puede dar margen á una torcida interpretacion. Diciendo en vez de sociedad *las leyes divinas y humanas* se estaria en lo cierto y se desvaneceria toda ambigüedad.

En el número 5.º, p. 38, columna 2.ª (continuacion de la misma historieta) se contienen algunas particularidades torpes y malignas reticencias contrarias á la decencia.

En el número 1.º, p. 55 al fin de dicha historieta hay un pasaje apasionado y voluptuoso.

En el número 3.º, p. 19, columna 2.ª al fin de una composicion que se titula *Roma — Panteon*, se estampan estas expresiones: «.... Roma, la Roma antigua es superior en todos sentidos á la Roma moderna; pero esta podrá renacer, podrá ser un gran pueblo.»

Las dos líneas de puntos suspensivos que trasladamos exactamente del original, parecen indicar que el viajero escritor no se atrevió á completar su pensamiento; pero ya dijo lo bastante para que se adivine sin esfuerzo. Sus deseos parece que son la destruccion de la Roma pontifical para que re-

nazca la Roma revolucionaria é impiamente demagógica: entonces Roma sería sin duda igual á Roma gentilica, y los ilustrados viajeros anticristianos no tendrían el sentimiento de ver estampada en tantos monumentos la huella de la sabiduría, caridad y religiosidad de los sumos pontífices, esos reyes espirituales y temporales que han dado á Roma un imperio mas poderoso y durable y sobre todo mas benéfico para el género humano que el cetro de hierro y de sangre de los antiguos Césares. Fijese bien la consideración en el tono magistralmente aseverativo con que el profundo observador dice que Roma antigua es superior en *todos sentidos* á Roma moderna; es decir, superior en verdadera cultura, en leyes, en moral, en religión á Roma cristiana la Roma de los esclavos, la Roma adoradora de los ídolos, la Roma opresora de la familia, la Roma que enviaba sus ejércitos y sus procónsules á conquistar y aherrojar á todos los pueblos conocidos, la Roma que levantaba altares á Venus y Mercurio, á Baco y á Priapo.... Basta: perdonemos al escritor que probablemente no sabrá de Roma antigua y moderna mas que lo que haya visto de una rápida ojeada durante su breve estancia en la ciudad eterna.

En el número 5.º, p. 36 hay una letrilla titulada *Vecino y vecina*, que es groseramente torpe y obscena y contiene unos versos ofensivos á personas sagradas, las cuales ni aun en su abatimiento y desgracia merecen consideración y respeto de ciertas plumas insolentes y nada generosas. Esta composición poética es la que justisimamente llamó la atención de los escritores de *La Esperanza*; sin embargo no ha

faltado quien salga á la defensa del escrito censurado llamando á los reparos de los censores *pudorosos aspavientos en que ya nadie cree*. ¡Desventurados nosotros si fuera cierta esta proposición del paladín de los versos obscenos! Pero no, si bien hay muchísima impiedad, y el desenfreno en punto á inmoralidad ha crecido de una manera espantosa, todavía se conservan por la misericordia de Dios gran número de almas cristianas, de personas morigeradas y amantes de la severa moral evangélica.

En el número 6.º, p. 46 se habla con incredulidad de la fuente milagrosa de san Isidro, que según la tradición brotó allí á un golpe de ahijada del santo labrador y que ha obrado algunas curaciones.

Las poesías que se contienen en la p. 47 del mismo número, son amatorias.

En el número 7.º, p. 50, columna 2.ª, se califica de un modo denigrativo al santo tribunal de la fé.

Creemos bastantes estas indicaciones para que conozcan nuestros lectores que el semanario *La Academia* necesitaba de expurgación si hubiera de leerse; cosa absolutamente inútil, porque no es obra que pueda proporcionar instrucción ni aun ameno y provechoso recreo literario. Por consiguiente conteniendo los números ya publicados composiciones, pasajes ó palabras dignas de censura por los conceptos manifestados y siendo de temer que en lo sucesivo se incurra en los mismos ó acaso mayores deslices; la prudencia sola, aunque no hubiera graves y terminantes preceptos en la materia, aconsejaría que no se leyese semejante papel.

NOVELAS.

271. PAULINA por Alejandro Dumas: dos tomos en 8.º marquilla.—E. de O. (1).

Paulina de Meulien se casa con el conde Horacio de Beuzeval, cuyo caracter original y su estudio en distinguirse de los demas hombres la seducen y cautivan; pero á poco de contraer matrimonio la asaltan tristes presentimientos, vagos al pronto y despues acompañados de vehementes indicios, que por último se convierten en terrible realidad. Sin pensar descubre la madriguera donde su marido y dos dignos compañeros suyos ejercitan el oficio de bandidos dándose al robo y al asesinato de los viajeros; mas siendo sorprendida

en el puesto de acecho, el conde Horacio la encierra en una bóveda, donde le deja una lámpara, un vaso con veneno y una carta en que le intimaba la sentencia de encierro perpetuo, si bien por compasión le proporcionaba aquel tósigo para que pusiera fin á su vida si queria. Paulina despues de luchar algun tiempo con el hambre y la desesperación bebió el veneno; pero antes que este empezara á hacer su efecto, la providencia le envió un salvador, su antiguo amigo Alfredo de Nerval, que la sacó de entre las garras de la muerte y la condujo á Inglaterra. Allí repuesta al parecer Paulina de sus padecimientos y agradecida á los afectuosos cuidados de Alfredo le cuenta su historia. Lue-

(1) Presumimos que sean las iniciales del traductor (Eugenio de Ochoa.)

go pasan ambos á Italia, donde muere Paulina extenuada de resultas del veneno y de sus acerbas penas.

Ve aquí en suma el asunto de esta novela. Su malicia consiste en estar mezclada la narracion del suceso principal con episodios amorosos y aun pasajes voluptuosísimos como los de la p. 152 del tomo 1.º y 46 del 2.º, y en hallarse ciertos lugares, proposiciones ó palabras dignas de censura por otros conceptos, como vamos á manifestar.

En la p. 31 y 32 se dice que el mar es *el único elemento á que há dado Dios el poder de rebelarse contra él cruzando sus olas con sus relámpagos*. Esta proposicion contiene un pensamiento falso y futil: falso, porque el mar contenido en los límites que le puso el Criador, está muy lejos de rebelarse contra este, aunque sea por un poder recibido del mismo; y futil, porque *el que cruce sus olas con los relámpagos no praebe la rebeldía del mar contra Dios*.

En la p. 128 y 129 se hacen los mas apasionados elogios de las insensatas declamaciones de Horacio de Beuzeval, quien poniendo en parangon la vida de los piratas malayos con la de los hombres de la sociedad europea deprime y anatematiza á esta, al paso que levanta á las nubes la licencia criminal de los bandidos de los mares. Conocese cuánto mal pueden causar estas imprudentes alabanzas, aun cuando se pongan en boca de un hombre que luego se descubre ser un salteador y un asesino.

La siguiente proposicion que se lee en la p. 152, es blasfema, temeraria é inductiva de error:

«Si Dios que lo puede todo, pudiera dar el olvido de lo pasado, no habria en el mundo ni blasfemos, ni materialistas, ni ateos.»

Ya hemos dicho que Paulina intentó suicidarse tomando veneno; y como si no le bastase al autor manchar á su heroina con este crimen horrendo cuando pudo realzarla dándole la fortaleza y paciencia de la virtud para esperar el socorro que por fin le envió el cielo, ó morir si no con el valor del justo, intenta hacer la apoteosis de un hecho tan criminal y le pinta como un acto meritorio y acepto á los ojos de Dios. Copiaremos este pasaje.

«Dios debía pues recibirme (dice Paulina) como á una hija: no podia faltarme la tierra si no por el cielo. Esta era la única idea consoladora que me quedaba: en ella busqué la fuerza de que tanto habia menester.

»Prontó me pareció que esta idea se desarrollaba no solo en mí, sino en derredor de mí, y empecé á sentir aquel santo entusiasmo que constituye el valor de los mártires. Puseme en pie, la frente erguida, y me pareció que mis ojos penetraban la bóveda y la tierra y llegaban hasta el trono de Dios. Hasta mis agudos dolores estaban comprimidos en aquel momento por la *exaltacion religiosa*. Diríjme á la piedra en que estaba el veneno, como si viera enmedio de las tinieblas; cogí el vaso y escuché por si oia algun rumor, y miré en torno por si veia alguna luz; volví á leer en mi mente aquella carta que me decia que hacia veinte años que nadie habia bajado á aquel subterráneo y que quizá en otros veinte nadie volveria á bajar á él; me convencí bien en mi alma de la imposibilidad en que estaba de libertarme de los padecimientos á que me reservaba *la suerte*; levanté el vaso de veneno, le acerqué á mis labios y le bebí mezclando en mi postrer murmullo de dolor y de esperanza el nombre de mi madre á quien iba á dejar, y el nombre de Dios á quien iba á ver (t. 1.º, p. 229 y 230).»

Por estas razones nos parece que la presente novela es digna de proscribirse.

372. PASCUAL BRUNO por Alejandro Dumas. — E. de O. — Un tomo en 8.º marquilla.

Antonio Bruno, labrador siciliano, intentó vengar la deshonor de su esposa en el conde de Castelnuovo, señor del pueblo; por lo cual fue ajusticiado y expuesta su cabeza dentro de una jaula en el castillo de Bauso: además sus tres hermanos que le habian dado asilo, fueron sentenciados á presidio. Pascual Bruno, hijo del ahorcado, jura vengar la muerte de su padre y la deshonor de su familia en la condesa Gemma de Castelnuovo por haber muerto ya el conde; sin embargo propone á esta el olvido de su juramento y el desistimiento de la venganza siempre que le conceda la mano de una doncella suya y le admita al servicio del príncipe su marido. Estas condiciones son desechadas, y Pascual Bruno se engolfa con ímpetu mas ciego en la vida de bandido, resuelto á vengarse completamente de su enemiga. Habiendo sorprendido una vez á la condesa en la posada de un pueblo le afeitó la cabeza y las cejas: proponiase llevar adelante sus planes; pero como fuese sitiado en sus guaridas, apresado y conducido á Mesina donde se le sentenció á pena capital, dejó encomendada su venganza á un mozo árabe que le servia de auxiliar y confidente. Este fiel ejecutor de la última voluntad del bandido degolló en el

mismo día del suplicio á la condesa Gemma, que estaba muy descuidada en su quinta de Carini.

La malicia de esta novela consiste (como la de otras de igual género) en justificar la conducta de Pascual Bruno por su determinacion de vengar las propias ofensas á pretexto de que la sociedad mal constituida deja impunes las injurias hechas al debil por el poderoso; así es que se pinta al bandido como un desfacedor de agravios y enderezador de tuertos, humano, generoso (se entiende con el bolsillo ajeno, despojando á unos para dar á otros), protector de los oprimidos etc. Pero oigamos al autor, con lo que se comprenderá mejor el sentimiento que le inspiró su novela:

«.....En los países como la España y la Italia, donde la mala organizacion de la sociedad tiende siempre á rebajar á los que han nacido en baja cuna, y donde el alma no tiene alas para levantar al cuerpo, una inteligencia elevada es una desgracia para un hombre obscuro. Como este hombre tiende siempre á salir del círculo político é intelectual en que le ha encerrado la casualidad; como camina sin cesar hácia un fin del que le separan mil obstáculos; como ve siempre la luz y no está destinado á alcanzarla; empieza por esperar y acaba por maldecir. Entonces entra en rebelion contra aquella sociedad para la cual ha hecho Dios dos porciones tan ciegas, una de felicidad, otra de amarguras; declárase activamente contra esa parcialidad celeste y se establece por su propia autoridad el defensor del desvalido y el enemigo del poderoso. Por esta razon son tan poéticos y tan populares al mismo tiempo el bandido español y el italiano, porque en primer lugar casi siempre los ha arrojado fuera de la senda comun algun grande infortunio, y porque siempre ademas tiende su puñal y su carabina á restablecer el equilibrio divino roto por las instituciones humanas.

»No se admirará pues el lector de que con sus antecedentes de familia, su caracter osado y emprendedor, su destreza y su fuerza extraordinaria haya llegado tan pronto Pascual Bruno á adquirir la especie de singular importancia á que aspiraba. Considerese ademas que si nos es lícito decirlo así, aquel hombre se habia constituido en juez de la justicia etc. (p. 115, 116 y 117).»

Y sigue refiriendo algunos agravios de los que desfacia Bruno con su puñal y su trabuco. El pasaje transcripto, donde se advierte clarisimamente el espíritu que dictó al autor esta composicion, es falso é injurioso á nuestra patria, de la que hablan con tanto desacuerdo como injusticia los charlatanes extranjeros sin conocerla ni aun en lo visible y tangible; pero sobre todo es blasfemo y en gran manera ofensivo de la divina providencia, á quien se atribuye el desconcierto de las sociedades humanas, si bien al fin por una contradiccion muy propia de los Licurgos modernos se dice que las instituciones humanas rompen el equilibrio divino y que el bandido tiende á restablecerle con su puñal y su carabina. Concierteme V. esas medidas.

Pascual Bruno, puesto en capilla la víspera del suplicio, no quiso confesarse, porque dijo que un mal pensamiento invencible se interpondria siempre entre Dios y él y haria nula su confesion. Suponele el autor absorto en profunda meditacion, y le atribuye estos pensamientos, que por el modo de expresarlos y los antecedentes se puede creer piadosamente son tambien los del autor mismo:

«Parecióle que una influencia fatal, una ciega casualidad, una victoriosa superioridad del mal sobre el bien habian de aquella suerte impelido al infortunio á toda su desventurada familia. Miró entonces como una vana ilusion las promesas de felicidad que hace el cielo á los hombres; inutilmente buscó en su vida una aparicion de aquella providencia tan decantada, y pensando que en aquel momento supremo le seria revelado tal vez algo de aquel eterno secreto se precipitó la frente sobre las losas pidiendo á Dios con todas las fuerzas de su alma que le diese la explicacion de aquel terrible enigma; que levantase una punta de aquel velo misterioso y se mostrase á sus ojos como un padre ó como un tirano. Pero vana fue esta esperanza; todo quedó mudo menos la voz de su corazon que repetia sordamente: venganza, venganza, venganza (p. 219).»

Creemos pues que debe de considerarse esta novela como prohibida, ya por su tendencia, ya por la malicia que encierran algunos pasajes y proposiciones de ella.

POESÍA.

273. POESIAS de D. Juan Bautista Alonso, individuo del colegio de abogados de Madrid: un tomo en 8.º marquilla.

De las cien composiciones comprendidas

en esta coleccion cerca de la mitad son amorosas, y en ellas se cantan suspiros, deseos, ausencias, desdenes, desvíos, celos y todos los manoseados afectos y sentimientos de los

amantes; materia trivialisima é indigna ya aun de copleros principiantes. Algunas de estas composiciones son ademas apasionadas y voluptuosas ó libres y maliciosas.

En el romance amatorio de la p. 137 se leen estos dos versos:

Tan solo á Rosana debes
Adoracion soberana.

Nos hacemos cargo de que los amantes, y mas con la añadidura de poetas, gustan de hipérboles; pero es menester que estas se contengan dentro de ciertos límites. La proposicion que censuramos es por lo menos mal sonante: la adoracion soberana solo se debe á Dios.

No sabemos qué aventura le sucederia al autor en Toledo ó si escribió solo á impulsos de su preocupacion contra el clero: lo cierto es que en dos romances desahoga su bilis contra la imperial ciudad y sus pacíficos y honrados habitantes, sin duda porque en otros tiempos era allí numerosisimo el estado eclesiástico. Citaremos como muestra unos cuantos versos.

En la p. 159 se leen los siguientes:

¿Qué las ínclitas hazañas
De los Alfonsos valieron
Rompiendo moros turbantes
Con los católicos cetros,
Si los hispanos trocaron
En los siglos postrimeros
La gloria de los combates
Por el deshonor de siervos?
¿Si á las corvas cimitarras
Los puñales sucedieron
Y á la tolerancia augusta
Devoradores incendios,
Esas llamas infernales
En que los verdugos fieros
A nombre del cielo hundian
La hermosura y el ingenio?
Todo es miseria y ruina;
Todo te demanda acerbo
Dolor y lágrimas tristes,
Aunque son esteril feudo.
Hondos gemidos te piden
Los desolados lamentos
De la ancianidad caduca,
Que mira el sepulcro abierto.
Llanto la noble manceba
Que en ilustre cautiverio
Del casto pudor las rosas
Perdidas llora en secreto.

Pero aun son mas injuriosas y denigrativas las siguientes estrofas (p. 188, 190, 91 y 92):

Tú solazas cuando gime
El miserable cautivo,
Y si la verdad sublime
Despide un ay fugitivo,
Tu planta feroz la oprime.

Tú proscribes temerosa
Del bien su influjo querido,
Y á la maldad licenciosa
Das el puesto merecido
De la inocencia llorosa.

Por alto crimen castigas
El dulce y noble contento,
Y la libertad fatigas
Del oculto pensamiento
Con tus artes enemigas.

A la paz alegre y pura
La paz del terror prefieres:
Es tu dote la amargura,
Y esclavas son tus mujeres
De su falaz hermosura.

.....
Envidia y negro rencor
Las mismas piedras respiran,
Honda amargura y dolor
Los vientos que en torno giran
Con tempestoso fragor.

.....
A la elocuencia profunda
De tus sabios oradores
Sucedió la lengua inmunda
Que de funestos errores
Tus pobres hijos inunda.
El pueblo atónito pende
De la ronca voz tronante
Que al crimen su pecho enciende,
Y de un cielo intolerante
Ser rayo de luz pretende.

Muda la verdad se postra,
Llora el ingenuo clamor,
Mientras el eco traidor
El miedo pánico arrostra
Del vulgo murmurador.

Un falso apostol alcanza
De la inocencia alligida
Cruda y bárbara venganza,
Y á los crédulos convida
Al destrozo y la matanza.

A Dios, ciudad ominosa,
Germen de eterna falsía,
Honda laguna afrentosa,
Do la audaz hipocresía
Soberbia hirviendo rebosa.

La lectura de estas *Poesías* seria peligrosa para la juventud por versar buena parte de ellas sobre amores: ademas tienen tan poco mérito literario, que no es cosa de llorar semejante pérdida.